

La riqueza de las naciones ha sufrido el destino reservado a la mayoría de los clásicos: es una obra más comentada que leída. La mentalidad popular de mediados del siglo XX asocia comúnmente la obra de Smith —aunque no siempre de modo acertado— con observaciones sobre política económica. Aunque Smith se opuso claramente al «sistema mercantil», y al aparato de privilegio y protección estatal en que se apoyaba, puede dudarse, razonablemente, de que aquellos que le clasificaron como el apologista por la autonomía de la libre empresa privada hayan apreciado plenamente párrafos como los siguientes:

La gente de un mismo gremio rara vez se reúne, aunque sólo sea para su entretenimiento y diversión, sin que la conversación termine en una conspiración contra el público o en algún tipo de arbitrio para elevar los precios...¹

El interés de los comerciantes... de cualquier ramo del comercio o de la industria es siempre diferente en algunos aspectos del del público, o aun opuesto a él... Cualquier nueva ley o regu-

lación del comercio propuesta por ese estamento, debería siempre escucharse con gran precaución y no debería adaptarse nunca sin antes examinarla larga y cuidadosamente, con la atención, no sólo más escrupulosa, sino incluso más suspicaz. Hay que tener en cuenta que proviene de un estamento cuyo interés no coincide nunca exactamente con el del público, estamento generalmente interesado en engañar o incluso oprimir al público, y que consecuentemente, en muchas ocasiones, lo han engañado y oprimido².

Al mismo tiempo, Smith consideraba a los manufactureros y «arbitristas» como portadores del progreso e instaba a que se les permitiese un mayor margen de maniobra. La parte práctica de su mensaje se concretó principalmente en que las restricciones institucionales (ya nacidas de la legislación estatal, ya de la costumbre local) eran malsanas. Constituían el proceso de maduración de una nueva y más productiva era industrial. Es notable, sin embargo, cuán limitada era la visión de Smith de la «revolución industrial». Escribió más sobre las fábricas de alfileres que sobre la fabricación de acero, y fue incapaz de apreciar plenamente el ritmo al que se estaba realizando el cambio tecnológico en su propia época.

A pesar de su impresionante impacto sobre las actitudes populares (y así, de modo indirecto, sobre la política económica), la obra de Smith merece, fundamentalmente, recordarse como una contribución altamente ingenua a la Teoría económica. *La riqueza de las naciones* llevó a primer plano los problemas que habían de dominar la atención de los economistas durante tres cuartos de siglo y que, por ello, no han perdido nunca su importancia. Este aspecto de su pensamiento, desplegado en los primeros dos libros, de los cinco en que se divide su tratado, requiere una investigación cuidadosa. Con una visión de conjunto sin rival en sus predecesores, formuló allí el gran modelo de un orden económico, en el que podía estudiarse cada parte en relación con todas las restantes. Además, sus puntos de vista sobre cuestiones

de política económica se derivaban de sus raíces teóricas y no pueden entenderse adecuadamente si los separamos de ellas.

1. Adam Smith (1723-1790)

Smith nació en una familia modesta de las Tierras Bajas de Escocia y fue educado por su madre, que había enviudado pocos meses antes de su nacimiento. Pronto se distinguió como estudiante, y a los catorce años ingresó en la Universidad de Glasgow. Mientras estuvo allí estudió con el pintoresco profesor Hutcheson, el hombre a quien se atribuye la frase «la mayor felicidad para el mayor número», y cuya visión naturalista de las cuestiones morales y su defensa de la libertad política y la religiosa le hicieron chocar con la ortodoxia teológica del momento. Más tarde Smith citaría a Hutcheson entre sus más importantes acreedores intelectuales.

En 1740 Smith fue elegido para la Snell Exhibition, beca concedida a los jóvenes escoceses prometedores para que continuaran sus estudios en el Balliol College de Oxford. Allí pasó los seis años siguientes de su vida. A pesar de la duración de su estancia en Oxford no llegó a congeniar con la atmósfera académica que allí había. No fue una figura popular y no se llevó bien ni con sus compañeros de estudios ni con sus profesores. Más tarde encontró un espacio en *La riqueza de las naciones* para transmitir su juicio sobre estos últimos: «En la Universidad de Oxford, la mayor parte de los catedráticos han abandonado, desde hace muchos años, incluso la apariencia de enseñar»³. Esta situación, desde su punto de vista, no era sino una manifestación de un principio económico general: que cuando las recompensas financieras estaban divorciadas de los criterios de efectividad, era probable que el resultado fuera un abandono de las obligaciones⁴.

En un principio, Smith había sido enviado a Oxford con el fin de que profesara las órdenes sagradas. Su ta-

lante intelectual escéptico y su simpatía por las obras de David Hume (una afición que hizo tirantes sus relaciones con los tutores de Balliol) imposibilitaron esta carrera. Al regresar a Escocia, en 1746, solicitó un puesto de profesor —deseo realizado cinco años más tarde, cuando su antigua universidad, Glasgow, le llamó para ocupar la cátedra de Lógica—. Al año siguiente pasó a la cátedra de Filosofía Moral que hasta entonces regentó Hutcheson.

El fruto más importante de este período de su vida fue *The Theory of Moral Sentiments* (La teoría de los sentimientos morales), publicada en 1759. Esta obra, poco destacada como contribución a la filosofía, fue el intento preliminar, por parte de Smith, de formular el carácter de un «orden natural» de la sociedad. Analizaba la conducta humana en términos de tres pares de motivos: egocentrismo y altruismo; el deseo de ser libre y el sentido de la propiedad; el hábito de trabajo y la porpensión al intercambio. Para Smith, estos sentimientos naturales se frenaban y equilibraban mutuamente y sosténian un orden social de armonías naturales en el que cada hombre, al permitírselle perseguir sus propios intereses, promovía inconscientemente el bien común. En sus lecciones en Glasgow surgieron otros temas que se desarrollarían más plenamente, después, en *La riqueza de las naciones*. Afirmaba ya por entonces que «la división del trabajo es la causa principal del aumento de la opulencia pública, que está siempre en proporción a la actividad de la gente, y no a la cantidad de oro y plata como absurdamente se imagina»⁵.

En 1762, Smith dimitió de su cátedra para aceptar un empleo como tutor del hijo del duque de Buccleuch. Además de su atractivo financiero, este empleo significaba oportunidades de viajar por el continente y exigía poco trabajo. Desde Francia escribió a su amigo David Hume el 5 de julio de 1764: «He empezado a escribir un libro con el fin de pasar el tiempo. Puede usted creer que tengo muy poco que hacer»⁶.

El período de incubación de *La riqueza de las nacio-*

1. Adam Smith y el análisis clásico

29

nes fue extenso. Escribiendo desde Edimburgo, en 1767, Hume, que había llegado a creer que en 1769 la obra estaba casi completa, reconvenía así a Smith:

Estaría de acuerdo con su Raciocinio si pudiera confiar en su Resolución. Venga por acá algunas semanas en Navidad, distrágase un poco, vuelva a Kirkaldy; acabe su obra antes del otoño; vaya a Londres, imprimála. Vuelva a esta ciudad que se ajusta a la marcha independiente de su estudio aún mejor que Londres e instálese aquí. Ejecute fielmente este plan y le perdonaré⁷.

Finalmente, *The Wealth of Nations* apareció en 1776. Smith pasó los últimos trece años de su vida como Comisario Real de las Aduanas de Escocia. Las referencias son que cumplió competentemente sus deberes administrativos. Es una de esas ironías del Tiempo que un hombre que había dedicado una parte sustancial de su actividad intelectual a argumentar en favor de la promoción de libre comercio y la minimización de la interferencia gubernamental en los asuntos económicos, hubiera de terminar sus días como beneficiario del sistema que había atacado.

2. Las definiciones básicas de la Riqueza de las Naciones

El tema central del análisis de Smith quedaba claramente expuesto en el título completo de su obra: *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la Riqueza de las Naciones*. En términos más modernos, estaba interesado en el desarrollo de una teoría del crecimiento económico.

Smith anunció su explicación fundamental del crecimiento económico en las primeras páginas de su obra, con una frase que ha llegado a ser desde entonces moneda corriente de los economistas —«la división del trabajo»⁸. Esta expresión es de una simplicidad engañosa. Smith la empleaba en dos sentidos completamente

distintos. El primero hacía referencia a la especialización de la fuerza de trabajo que acompaña al progreso económico y que trae consigo «la más grande mejora en la capacidad productiva del trabajo y la mayor parte de la preparación, destreza y juicio con que se dirige o se aplica...»⁸. Los beneficios plenos de la progresiva subdivisión de tareas, sin embargo, sólo estaban al alcance de aquellas sociedades en las que pudiera haber producción para el intercambio. La capacidad de una economía de subsistencia para generar estas innovaciones y adaptaciones que elevan la producción estaba severamente restringida. De estas consideraciones, se seguía que la división del trabajo estaba limitada por «la extensión del mercado»⁹ y que toda medida que ampliara el mercado —ya fuera geográficamente (por ejemplo, a través de las mejoras en el transporte y las comunicaciones) o económicamente (por ejemplo, a través de la desaparición de las restricciones al comercio)— era de interés general.

La interpretación de Smith de la «división del trabajo» no quedaba reducida a la especialización profesional. También se refería a la división de la fuerza de trabajo entre aquellos «empleados en trabajo útil... y aquellos no empleados así»¹⁰. La «división del trabajo» en este segundo sentido —que hacía referencia a la distribución de la fuerza de trabajo entre diferentes modalidades de empleo— tenía un papel importante en su análisis de la acumulación del capital y del «progreso de la mejora» (como describió Smith, a menudo, el crecimiento económico). Es probable que a los lectores modernos les deje perplejos la distinción que él tenía *in mente*. En nuestros días los economistas se muestran renuentes a declarar algunos tipos particulares de trabajos como productivos y otros como improductivos. Prefieren seguir las directrices del mercado y considerar el trabajo como productivamente empleado, siempre que exista quien compre sus servicios; en resumen, la población remunerada es, por definición, productiva.

Por el contrario, Smith estaba dispuesto a dividir la población activa en dos categorías. La base de esta segre-

gación sólo puede entenderse en relación con su preocupación por el proceso de expansión económica a largo plazo. Desde tal perspectiva puede argüirse —aunque de ninguna manera fuera tan evidente como Smith parecía creer— que distintas distribuciones de la fuerza de trabajo tienen consecuencias totalmente diferentes para la expansión económica. Tal y como él lo veía, era más probable que los trabajadores empleados en ciertas ocupaciones promovieran el avance de la producción futura que el que lo hicieran los que estaban empleados en otras. Desarrolló este punto afirmando que los empleos «productivos» debían superar dos pruebas: 1) debían llevar a la producción de objetos tangibles, condición previa para la acumulación, y 2) debían dar lugar a un «excedente» del que se pudiera disponer para futuras reinversiones. En la práctica, normalmente identificaba los empleos «productivos» con aquellos en que la mano de obra trabajaba con medios de capital.

En el esquema de Smith la línea divisoria de los empleos «productivos» e «improductivos» no era considerada como un juicio de valor, sino como una distinción analítica de fundamental importancia para el estudio de la evolución económica a largo plazo. De hecho, estaba dando un nuevo giro a la distinción usada antes que él por los fisiócratas, que habían mantenido que la agricultura era la única actividad económica «productiva» (generadora de excedente). Vale la pena destacar que algunos economistas modernos, a pesar de las dudas con que lo hacen, han adoptado una práctica similar al examinar los problemas de las economías subdesarrolladas. A menudo describen una parte de la población activa en estas zonas (particularmente las personas empleadas en la agricultura tradicional) como «paro encubierto» (es decir, como que, aun trabajando, no contribuyen al producto social).

La definición de lo que es «productivo» para Smith también tuvo consecuencias para su interpretación del producto nacional. Preocupado como estaba con el análisis de los cambios en la producción de una economía

a lo largo de períodos de tiempo prolongados, se vio obligado a operar con un concepto que pudiera hacer la función que ahora cumplen los cálculos de la renta nacional. De hecho, la utilización del término «riqueza» por Smith puede traducirse, con una importante salvedad, a la terminología moderna como «renta nacional». El punto en el que se separan Smith y los contables de nuestros días en los países de Occidente, es en la definición de actividad «productiva». Para Smith, sólo los resultados de los empleos productivos del trabajo debían contarse para calcular el producto social. Quedaban excluidas prácticamente todas las actividades de «servicios», sobre la base de que no eran susceptibles de rendir productos tangibles o excedentes que se pudieran reinvertir¹¹. Esta definición reforzaba también la actitud general de Smith hacia un amplio rango de cuestiones de política económica. Se derivaba de ella que todas las actividades gubernamentales eran improductivas así como

... algunas de las profesiones tanto de las más graves o importantes como de las más frivolas: clérigos, abogados, médicos, hombres de letras de todo tipo; jugadores, bufones, músicos, cantantes de ópera, bailarines de ballet, etc.¹²

No negaría Smith a estos grupos un ingreso por los servicios prestados. Unicamente deseaba insistir en que sus esfuerzos no ayudaban a hacer más rica la sociedad del mañana.

Sería tentador desechar este esquema clasificatorio como la mera expresión de una mal orientada predisposición «materialista». Ese punto de vista, sin embargo, no era peculiar de Smith. Todas las grandes figuras clásicas elaboraron una noción similar. En el mundo moderno sobrevive en el bloque de países soviéticos, donde tiene una influencia en la preparación de las estadísticas de la renta nacional —fenómeno que atestigua el molde clásico de gran parte del pensamiento marxista.

3. El análisis del valor

La importancia que Smith atribuyó al mercado como regulador de la división del trabajo exigía una explicación más profunda de la naturaleza del proceso económico y, particularmente, del modo en que se determinaba el valor económico. En relación con esto último, su primer paso consistió en trazar una clara línea de demarcación entre «valor en uso» y «valor en cambio». En su opinión, solamente el último era económicamente interesante. Algunas cosas (el agua como ejemplo) poseían, el aire) tenían gran utilidad pero no se intercambiaban, mientras que otras (por ejemplo, los diamantes) poseían, desde su punto de vista, poca utilidad, aunque pudieran claramente requerir mucho a cambio. Smith planeó cuidadosamente un programa de tres etapas para su investigación de los problemas del valor económico: 1) identificar la medida «real» del valor; 2) aislar las partes componentes del valor; y 3) analizar los factores que pudieran dar lugar a que el «precio de mercado» se deviera del «precio natural»¹³.

En la propia caracterización de sus objetivos analíticos, se observa claramente que Smith estaba proponiendo cuestiones bastante alejadas de las que la mayoría de los economistas actuales considerarían pertinentes. Si le pidieramos a un economista de mediados del siglo XX que nos definiera el «valor» de un bien en particular, procedería normalmente tratando de establecer el precio que el mercado está dispuesto a pagar por él. Los autores de la tradición clásica, por el contrario, insistieron una y otra vez en que precio y valor no podían identificarse el uno con el otro tan fácilmente. El «valor» se consideraba como independiente de los caprichos de mercado. Los precios nominales (o de mercado) podían fluctuar, pero el valor permanecía constante e invariable.

Muchos comentaristas posteriores han tratado esta concepción como metafísica superflua. Sin embargo, la

mayor parte de los escritores clásicos dieron gran valor a la distinción, y ello era razonable según su punto de vista. Smith, con su análisis del valor, pretendía dos fines. En primer lugar, decía, buscaba dar una explicación, aunque sólo fuera parcial, del comportamiento de los precios de mercado; y además (lo que era más importante para el hilo general de su razonamiento) asegurar una base para medir el cambio económico agregado a lo largo de un período extenso de tiempo. Dado que los precios de mercado eran demasiado volátiles para medir satisfactoriamente los cambios intertemporales en la producción, era necesaria una medida estable e invariable. Esta cuestión ha causado considerable confusión, en parte porque el enfoque clásico es completamente ajeno a los patrones de pensamiento convencionales en la actualidad y, en parte, porque los escritores clásicos no siempre se cuidaron de distinguir entre los diferentes usos a los que aplicaban sus conceptos del valor.

Si el valor era distinto del precio ¿cómo se establecía entonces? Smith afirmó que el trabajo era «la medida del valor». Esto era fácilmente compatible con los temas que había ya desarrollado; más aún, estaba en armonía con las corrientes intelectuales de su tiempo. Desde Locke, al menos, una influyente rama del pensamiento inglés se inclinaba a considerar el trabajo como un contribuyente «básico» u «original» al proceso económico.

Sin embargo, la afirmación de que el trabajo daba la «medida del valor» no estaba exenta de ambigüedad. Son posibles, al menos, dos interpretaciones divergentes de la relación entre el trabajo y el valor. La primera podría basar el valor de un bien sobre la cantidad de trabajo necesaria para producirlo. Smith admitió esta interpretación, pero decidió aplicarla sólo a las circunstancias de una hipotética sociedad «primitiva y ruda», anterior a la propiedad privada y a la acumulación de capital. Pensando en esta situación escribió:

Si en una nación de cazadores, por ejemplo, cuesta normalmente el doble de trabajo cazar un castor que cazar un venado, un cas-

tor debería naturalmente cambiarse por dos, o valer como dos venados. Es natural que el producto normal de dos días o dos horas de trabajo deba valer el doble que el producto normal de un día o una hora de trabajo.¹⁴

Al considerar situaciones más complejas, varió su punto de vista. El valor entonces no podía ya medirse simplemente en términos del trabajo directamente necesario; otros factores —particularmente la tierra y el capital— contribuían ahora al proceso productivo, y su contribución no podía ser reducida fácilmente a unidades de trabajo. Llegado este punto, Smith abandonaba el enfoque del «trabajo incorporado» y afirmaba que la apropiada medida del valor era el «trabajo ordenado».

El significado de esta medida puede entenderse mejor mediante un ejemplo hipotético. Supongamos que para producir un volumen de producción dado son necesarias 600 unidades de factor trabajo¹⁵. Supongamos, además, que los terratenientes y capitalistas en su conjunto exigen una remuneración igual a los costes salariales antes de poner a disposición los servicios de los factores de producción que controlan (en otras palabras, los beneficios más las rentas de la tierra deben ser igual a los salarios para que haya producción). De acuerdo con el razonamiento de Smith el valor del *output* total sería de 1.200 unidades de trabajo, 600 unidades del factor trabajo directamente más de 600 unidades de trabajo que los perceptores de rentas y beneficios podían obtener u «ordenar».

Con este rodeo se salvaba, al menos formalmente, una medida de la producción en términos de unidades de trabajo. Más aún, en opinión de Smith, permitía intuir la manera en la que los precios se formaban realmente. La clave para entender la noción de este mecanismo en Smith está en su interpretación de los componentes del «precio natural» (es decir, del valor). El precio natural de los bienes, según él, estaba compuesto por tres ingredientes: los salarios, las rentas (la ganancia de los propietarios de la tierra), y los beneficios (la ganancia de los propietarios del capital). El tamaño de cada una

de las partes también tenía un nivel natural. Smith combinó estos conceptos como sigue:

Cuando el precio de cualquier bien no es ni más ni menos que el suficiente para pagar la renta de la tierra, los salarios del trabajo, y los beneficios del capital, empleados para obtenerlo, elaborarlo y llevarlo al mercado de acuerdo con sus tipos naturales, el bien se vende entonces a lo que podemos llamar su «precio natural».

El bien se vende, entonces, por su valor o por lo que realmente le cuesta a la persona que lo trae al mercado...¹⁶

El precio de mercado, sin embargo, podía no corresponder a estas especificaciones. Si esto fuera así, era de esperar que las fuerzas de la competencia empujaran el precio de mercado hacia el precio natural¹⁷. Sin usar el término, Smith estaba aproximándose claramente a la idea que los economistas posteriores han descrito como «equilibrio». Estuvo a punto de alcanzar esta idea clave cuando describió la convergencia de los precios natural y real como «este centro de reposo y continuidad...»¹⁸.

Tales formulaciones, aunque absolutamente inocentes en apariencia, contenían un importante mensaje social. Si se aceptaba que el precio natural representaba el valor real de un bien, se seguía que cualquier práctica, ya fuera iniciada por los gobiernos (en formas tales, por ejemplo, como estancos sobre el comercio, o la concesión de privilegios a las compañías con carta real) ya por los intereses privados (en formas tales como monopolios o estatutos de aprendizaje), que tendiera a constreñir el comportamiento del mercado, era socialmente reprensible. Mantenía que el resultado sería mucho mejor si los asuntos fueran guiados por la «mano invisible» del mercado.

Aun siendo este examen de la formación del precio un subproducto útil del análisis del valor por Smith, no fue, en modo alguno, un elemento esencial en la formación de su estructura teórica. Mayor importancia tuvo su interés en obtener una técnica para medir los cambios en la producción nacional. Para un investigador como Smith, interesado en el problema de la expansión económica a

lo largo de períodos de tiempo dilatados, era obviamente importante poder establecer si, de hecho, había habido o no crecimiento. Esto requería una técnica para eliminar los efectos distorsionadores de las variaciones de los precios. En terminología más moderna: el problema exigía la utilización de números índices o sus equivalentes.

A primera vista parecía que la formulación de Smith del «trabajo ordenado» daba una solución a este problema de números índices. Implicaba que se podían formular proposiciones comparativas en torno a los cambios en el producto agregado en dos momentos diferentes de tiempo, en términos del número de unidades de trabajo que con ese producto agregado pudiera comprarse. En una primera aproximación, este ejercicio podía realizarse dividiendo el producto total expresado en términos monetarios por el salario básico. Si el resultado en el período 2 excedía al del período 1, podía afirmarse que había habido crecimiento, más aún, podía establecerse la magnitud del cambio en el producto total de la economía.

Pero este procedimiento, visto más de cerca, no cumplía plenamente lo que inicialmente prometía. Si los tipos de salario cambiaban entre los períodos 1 y 2, los resultados no serían ya comparables, a menos que pudiera suponerse que todos los demás precios y rentas hubieran variado en la misma proporción¹⁹. De otro modo, las conclusiones derivadas de la fórmula de Smith podrían ser gravemente desorientadoras; si, por ejemplo, hubiesen caído los salarios en tanto que los demás precios y rentas continuaran invariables, el producto (expresado en términos de «trabajo ordenado») parecería haberse expandido, aun cuando no hubiera ocurrido realmente ningún cambio en la producción. En algún momento de su exposición, Smith pareció querer librarse de esta dificultad, adoptando la postura de que la tasa natural de salario tenía que ser estable para períodos prolongados. Este enfoque estaba en conflicto, sin embargo, con las nociones expuestas en otras partes de *La riqueza de las naciones* sobre la marcha de los salarios durante el «progreso de la mejora».

Esta formulación se enfrentaba también a otra dificultad. Fallaba también en el caso de que aumentara la productividad del trabajo (es decir, cuando la misma cantidad de factor trabajo diera lugar a un mayor volumen de producción). En esta situación, los salarios totales necesarios para un nivel determinado de producción serían menores que antes, aun cuando la tasa de salarios fuese constante. Si, como consecuencia de esto, hubiera una reducción en el precio de los productos (cosa probable en tales circunstancias), la medida del trabajo ordenado daría la impresión de que la producción total había descendido, cuando, de hecho, habría aumentado. Implícitamente, Smith se defendió contra esta objeción suponiendo que los costes de producción (y con ellos la distribución de la renta entre las diversas clases) no variarían con los cambios en el volumen de la producción de las distintas empresas. Así, por ejemplo, el coste de un par de zapatos sería el mismo en una planta equipada para producir 100 pares de zapatos diarios que en una planta que produjera 10 pares por día.

La experiencia posterior ha mostrado la falsedad de este punto de vista. Se ha demostrado abundantemente desde entonces que en muchas líneas de producción los costes unitarios se reducen sustancialmente cuando se aplican tecnologías avanzadas a amplias unidades. Sin embargo, en la infancia del industrialismo, cuando el universo económico estaba dominado por productores en pequeña escala, lo que proponía Smith no era absolutamente inconcebible. Smith, aunque despreció la influencia sobre la productividad de las variaciones en la escala de las operaciones de los productores individuales, fue consciente de que la expansión de la economía en su conjunto generaría importantes ganancias en la productividad. Conforme la escala del sistema económico creciera, se extendería la división del trabajo, distribuyendo sus beneficios por todo el sistema. Smith parece haber pensado que los efectos de esta mejora en la productividad se distribuirían de modo aproximadamente uniforme a través de todas las ramas productivas.

Aunque Smith tropezó con graves dificultades en su intento de establecer un patrón invariable para medir el cambio económico, los problemas que abordó eran, y todavía son, reales e importantes. Cuestiones similares subsisten en el análisis moderno del crecimiento económico. Además, Smith fue incluso más lejos, pues trató de establecer un procedimiento que fuera conveniente desde el punto de vista estadístico. Aunque siempre sostuvo que la evaluación del «trabajo ordenado» era la aproximación conceptualmente correcta, reconoció que podía ser engoroso aplicarla. En vista de ello acabó proponiendo que se emplease la disponibilidad de cereales —«trigo», en su terminología— como una aproximación útil, desde el punto de vista práctico. Era mucho más fácil evaluar empíricamente la oferta de cereales para la alimentación. Desde su punto de vista, los cereales eran el principal componente de la subsistencia y la cantidad de ellos disponible era una condición previa para demandar u «ordenar» efectivamente mano de obra.

Por último, hay que notar otra modificación más a mano de Smith de la apelación al trabajo como medida básica del valor. Anunció el tema en el siguiente pasaje:

En cualquier tiempo y lugar, puede decirse que cantidades iguales de trabajo son de igual valor *para el trabajador*. [Cuestiones de Barber.] En un estado ordinario de salud, fortaleza y ánimo; en el grado normal de su maestría y destreza, él debe siempre renunciar a la misma porción de su comodidad, su libertad y su felicidad. El precio que paga debe ser siempre el mismo, cualquiera que sea la cantidad de bienes que recibe a cambio de ello.²⁰

La constancia a que aquí se hace referencia implicaba la estabilidad en el sacrificio realizado por los trabajadores cuando renunciaban al ocio por las fatigas y la penalidad del trabajo. Puede ponerse en duda el realismo de este supuesto para períodos prolongados de tiempo: una especialización creciente de los empleos y un crecimiento de su variedad en una economía en transformación, así como los reajustes en las escalas salariales, pueden muy

bien hacer variar la molestia del trabajo. Aun así, Smith estaba llamando la atención hacia un punto de gran importancia, al que ahora se presta poca atención directa al analizar el cambio económico a largo plazo: concretamente, que el grado de la mejora económica debería juzgarse no solamente por el cambio en el volumen total de bienes, sino también por el esfuerzo requerido para lograr dicho volumen. En esta versión smithiana del «trabajo como medida del valor», podía decirse que había habido avance económico cuando una unidad del factor trabajo demandase u «ordenase» una mayor cantidad de bienes.

La aproximación de Smith a la teoría del valor a través del trabajo ha sido severamente criticada por escuelas económicas posteriores. Para un grupo de autores su fallo fatal fue el no ofrecer una explicación cabal de la determinación de los precios y, más particularmente, el olvidar el lado de la demanda en el comportamiento del mercado²¹. Esta crítica tendría más fuerza si Smith hubiera intentado producir un análisis sistemático de la formación de los precios de mercado. Pero, de hecho, este objetivo quedaba al margen de su programa fundamental. Se precupaba más por forjar conceptos que le pudieran prestar ayuda en el problema de la medida del cambio económico, a lo largo de períodos prolongados de tiempo. Tenía a mano los materiales para desarrollar un análisis más claro de la formación de los precios de mercado a corto plazo. Los conceptos de utilidad y demanda (que habrían de usarse a este propósito por una escuela económica posterior) habían sido parte de la enseñanza que recibió de Hutcheson. El decidió rechazar esta orientación de la teoría del valor, presumiblemente porque la consideró incongruente con su propósito central.

Hay otra crítica más seria contra el enfoque de Smith. Se refiere a una incoherencia en su tratamiento de las unidades de trabajo. La fuerza de trabajo, como él reconoció, no era homogénea²², algunos de sus miembros eran más diestros (y, por tanto, más productivos) que otros. ¿Cómo reducir estas discrepancias a un común denominador?

dor? Smith replicaba que tal ajuste se conseguía «no por una medida exacta, sino a través de los regateos y tratos del mercado, con esa igualdad aproximada que, aun no siendo exacta, es suficiente para llevar a cabo los negocios de la vida normal»²³. En otras palabras, las diferencias de salarios establecidas en el mercado ofrecían la base para reducir las diferentes unidades del factor trabajo a una medida común; una hora de trabajo no cualificado se podría tomar como unidad patrón, de modo que el trabajo de una hora de un trabajador al que se pagara el doble equivaldría a dos unidades. Podría preguntarse: si la gradación del mercado era suficiente para ponderar las unidades con las que se media el valor, ¿por qué no podía aplicarse el mismo procedimiento para valorar la producción? Desaparecería entonces todo el problema de la distinción entre valor (precios naturales) y precios efectivos. Por mucho que Smith se curara en salud hablando de aproximaciones, no podía escapar de esta trampa lógica.

Aunque se ha puesto de moda entre los actuales economistas el denigrar cualquier teoría «trabajo» del valor, sería aconsejable una interpretación más caritativa. Despues de todo, ¿no son operaciones intelectuales muy similares las que llevan a cabo los economistas de nuestros días cuando suponen, en sus proyecciones de tasas de crecimiento, que los precios permanecerán estables, o cuando comparan la capacidad económica de la USA, el Reino Unido y la URSS sobre la base del número de horas necesarias en cada país para que un trabajador medio pueda comprar un lote de bienes, por ejemplo, un par de zapatitos, una radio o un automóvil? ¿No es un instrumento análogo a la distinción de Smith entre el precio natural y el de mercado la invocada por algunos economistas occidentales al tratar las áreas subdesarrolladas? Afirman algunos de éstos que el trabajo tiene un precio demasiado alto, el capital demasiado bajo y que el crecimiento económico se aceleraría si los gobiernos insistiesen en que las decisiones de los hombres de negocios al combinar trabajo y capital pudiesen gobernarse no por los precios

efectivos, sino por los precios «contables» que reflejan más exactamente las escaseces «reales» de dichos agentes productivos.

4. *El análisis de la distribución de la renta*

La discusión de Smith del «precio natural» se desarrolló alrededor de sus tres componentes: salarios, beneficios y rentas de la tierra. Le era preciso, pues, explicar los mecanismos que gobernaban los «tipos naturales» de estas porciones distributivas (o, en sus términos, de «renta»).

En este punto, el argumento de Smith se construía alrededor de una división tripartita de la sociedad en «órdenes», cada uno de los cuales recibía una porción específica de renta. Los salarios se pagaban a los miembros de la clase trabajadora, los beneficios iban a los capitalistas (o propietarios del capital) y las rentas de la tierra eran percibidas por los propietarios de la tierra. Estas distinciones correspondían aproximadamente a las amplias divisiones de clases sociales de su tiempo, aunque permanecían algo confusas en sus límites. Los ingresos netos de los pequeños propietarios agrícolas, por ejemplo, podían estar compuestos por las tres clases de renta: un salario procedente de su propio trabajo, una renta de la tierra que él poseía y un beneficio del capital que había invertido en su tierra. Una superposición similar podría ocurrir en el caso del pequeño manufacturero. Se podría pensar que el gran terrateniente tendiese a invertir para mejorar su propiedad, con lo que, además de la renta de la tierra, percibiría un beneficio. Aunque admitía esta posibilidad, Smith describió a los grandes terratenientes como los hombres que gustaban de «cosechar lo que no sembraron»²⁴ y dados a la «indolencia, que es el efecto natural de la tranquilidad y seguridad de su situación»²⁵. Esta caracterización de la clase terrateniente, que desempeñaba un papel crucial en su interpretación del panorama de la sociedad durante el curso del «progre-

so de la mejora», no era justa en su conjunto. Investigaciones históricas posteriores han demostrado que gran parte de la innovación en la agricultura del período se debió a la iniciativa de grandes terratenientes progresistas, que mostraron rasgos del comportamiento que Smith atribuyó a los capitalistas.

Debe destacarse que Smith, aunque construyó su análisis de la distribución de la renta alrededor de «tres diferentes órdenes de gente», no consideró estas divisiones como compartimientos estancos. Estaba demasiado imbuido de los ideales de la Ilustración como para aceptar el punto de vista de que la posición del hombre en la jerarquía social estaba fijada desde la cuna. No obstante, las distinciones de clase tenían que reconocerse como un hecho social, aun cuando el hecho de que un hombre perteneciera a un grupo determinado no estuviera ordenado por la providencia. «La diferencia entre los caracteres más dispares —mantenía—, entre un filósofo y un vulgar mozo de cuerda, por ejemplo, parece surgir no tanto de la naturaleza, como del hábito, la costumbre y la educación».²⁶

Al mismo tiempo, las categorías analíticas de Smith contrastan fuertemente con aquellas ampliamente utilizadas en muchos análisis económicos corrientes. El enfoque moderno más extendido de la distribución de la renta es completamente «funcional» en su orientación; es decir, las diferentes rentas son consideradas como remuneración a los «factores» que contribuyen a la producción. La porción salarial es el pago a los agentes productivos humanos, sin tener en cuenta su *status* social, incluyendo tanto salarios como sueldos; más aún, parte del ingreso que Smith consideraba como «beneficio» sería tratado ahora como «sueldo» a la dirección. De forma similar, la renta de la tierra se considera a menudo ahora como el pago a los propietarios del factor productivo donado por Dios, la tierra; este procedimiento, aunque desprovisto de connexiones de clase social, está más cerca del enfoque smithiano. El interés (que Smith subsumía en los beneficios) es considerado como el rendimiento del capital,

el factor de producción inanimado creado por el hombre. Aun cuando el tratamiento del beneficio está lejos de ser uniforme, una venerable tradición defiende el punto de vista de que (dejando aparte el caso del monopolio) el «beneficio puro», por encima de la remuneración necesaria para mantener los servicios de los factores productivos en sus usos presentes, puede realizarse sólo temporalmente desapareciendo con la competencia. En semejante sistema «funcional» se ocultan las líneas que separan las clases. Smith, por su parte, partió de la división de clases sociales y construyó la mayor parte de su estructura analítica en torno a ella. Aunque introdujo algunas consideraciones funcionales, lo hizo, primordialmente, para resolver los casos intermedios.

Entonces, ¿cómo se dividía el ingreso nacional entre los diferentes estamentos sociales? La respuesta de Smith se desarrollaba en dos etapas. En la primera, consideraba los especiales y peculiares rasgos inherentes a la determinación de los salarios, beneficios y rentas de la tierra con especial atención a la influencia del medio ambiente institucional sobre las variaciones en el nivel de cada uno. Pero siempre presente en su pensamiento estaba una segunda y omnipresente influencia: las «circunstancias generales de la sociedad» —es decir, si la economía en su conjunto era estacionaria, estaba creciendo o declinando. Así, en el caso de los salarios, las escalas prevalecientes en un momento determinado era probable que quedaran influidas por una variedad de factores peculiares a cada actividad: su «agrado o desagrado», su situación geográfica, duración esperada, el conocimiento (o ignorancia) del trabajador de empleos alternativos y sus condiciones, etcétera. Pero Smith también llamó la atención hacia otra consideración —la relativa fuerza negociadora de empleadores y empleados— y advirtió que la balanza se inclinaba a menudo contra los trabajadores.²⁷

Estas variaciones, aunque importantes, podían operar sólo por encima de un límite: el nivel salarial mínimo necesario para mantener la mano de obra en condición sana y productiva. Después de todo, según Smith, los

salarios no podrían caer por debajo de las necesidades de subsistencia sin disminuir el tamaño de la mano de obra. ¿Se seguía, entonces, que el nivel de «subsistencia» de los pagos de salario podía también ser el tipo natural hacia el cual gravitaban los salarios reales, en un período largo? Malthus había de defender este argumento en un momento posterior de la evolución de la teoría clásica. En algún lugar, Smith escribió como anticipándose a la posición malthusiana: «... la demanda de hombres, como la de cualquier otro bien, regula necesariamente la producción de hombres»²⁸. Esta afirmación implicaba que una subida en los tipos de salario por encima del mínimo necesario para la subsistencia pronto se vería neutralizada por una expansión inducida en el tamaño de la población y de la mano de obra. Hubiera sido conveniente para otras partes de su análisis que hubiese mantenido coherente esta posición. Como hemos hecho notar antes, su doctrina del «trabajo ordenado» sólo podría dar resultados inteligibles si cantidades iguales de ingreso compraran la misma cantidad de trabajo en diferentes momentos —es decir, cuando el precio natural del trabajo fuera constante.

Pero, una vez introducida esta noción, Smith la abandonó rápidamente arguyendo que el curso natural de los salarios estaba fuertemente relacionado con «las circunstancias generales» de la economía. Una economía en expansión iría probablemente acompañada de tipos crecientes de salarios, una economía en declive, de salarios decrecientes, mientras que en una economía estacionaria no habría razón para esperar que cambiara el nivel de salarios.

Este argumento dependía de lo que Smith describió como el volumen de «fondos destinados al pago de salarios»²⁹. La noción que él tenía *in mente* exige unas pocas palabras para elucidarla, porque está basada sobre conceptos que ahora no son familiares y porque su idea central figuró de modo tan prominente en la perspectiva clásica general. Desde este punto de vista, se fijaba el comienzo del proceso de producción y cambio con los «ade-

lantos» de fondos por los patronos (capitalistas y terratenientes) para adquirir el trabajo y los *inputs* materiales necesarios para la producción. Los trabajadores que recibían dichos adelantos los gastaban después en bienes de subsistencia. Esta misma transacción, sin embargo, implicaba volver a transferir los fondos a los patronos, que podían financiar los «adelantos» para iniciar el próximo ciclo de producción. De este modo, el que la demanda de trabajo en el período subsiguiente fuera mayor, menor o igual que en el precedente dependía, en gran medida, del tamaño de las porciones no salariales de la renta (beneficios y rentas de la tierra) y de la proporción del fondo así generado que se dedicaba a adelantos a la mano de obra. En un período de expansión económica general era de esperar que el fondo de salarios se ampliaría, aumentando la demanda de trabajo. Esto, a su vez, tendería a elevar los niveles salariales por encima del mínimo de subsistencia y a mejorar las condiciones de los «criados», braceros y trabajadores de diferentes clases, [quienes] constituyen la inmensa mayoría de toda gran sociedad política»³⁰. Ello podía dar lugar a un crecimiento de la población. Pero en este punto de su argumento Smith no albergaba ningún temor malthusiano:

Por consiguiente, el premio generoso al trabajo, efecto del crecimiento de la riqueza, es también la causa del crecimiento de la población. Quejarse de ello, es lamentarse del efecto y la causa necesarios de la mayor prosperidad pública³¹.

El curso del progreso económico no estaba claro todavía, a pesar de las expectativas, generalmente optimistas de Smith. El comportamiento de la segunda porción de renta —los beneficios— podía traer problemas. Según Smith, la retribución a los capitalistas y a los asalariados se movía inversamente: conforme los salarios subían, los beneficios se reducían. El primer intento de Smith para explicar esta interrelación se limitaba a afirmar que cuanto más pagaran los patronos a sus trabajadores menos podían retener para sí mismos. Pero esta explicación era demasiado estática para ser plenamente satisfactoria. Des-

pués de todo, Smith había ya sugerido, en otro lugar, que un régimen de salarios altos bien podía conducir a incrementos al menos de la misma cuantía en el producto por trabajador³². Más peso en su explicación tenía la competencia creciente entre los capitalistas que, según él, acompañaría a la expansión económica. Con razonamientos más convincentes en su día que en los nuestros, mantuvo que en un clima de expansión económica general los hombres de negocios perseguirían más vigorosamente su propia ventaja, suprimiendo sus tendencias hacia la co-lusión y bajando la tasa media del rendimiento sobre el capital mediante la competencia. Esta tendencia decreciente de la tasa de beneficios quedaba reforzada por otra consideración que Smith sugirió, pero no desarrolló de modo sistemático:

Según aumentan los capitales en cualquier país, los beneficios que pueden obtenerse al emplearlos disminuyen necesariamente. Ello hace gradualmente más difícil encontrar dentro de un país un método beneficioso de empleo para cualquier nuevo capital³³.

Una explicación más completa de los efectos esperados del «progreso de la mejora» exigía un análisis de las relaciones entre beneficios y rentas de la tierra. La propiedad de la tierra y la porción de renta de la misma inherente a ella poseían claramente ciertos atributos especiales. Las consecuencias de esta especialidad emergían poderosamente en la afirmación de Smith, según la cual:

Los altos o bajos salarios y beneficios son las causas de los altos o bajos precios; las altas o bajas rentas de la tierra son el efecto de ello. El precio de un determinado bien es alto o bajo, porque para llevarlo al mercado hay que pagar salarios y beneficios altos o bajos. Por el contrario, es porque su precio es alto o bajo, mucho más, o poco más, o nada más que el suficiente para pagar aquellos salarios y beneficios, por lo que origina una renta de la tierra alta o baja, o nula.³⁴

¿Cómo se explicaba esta sorprendente proposición? En su base, la explicación de Smith descansaba en la presunción de que la naturaleza era generosa. Como los fisiocratas ante que él, consideró a la agricultura como capaz

de dar una producción por encima de los *inputs*. Pero, a diferencia de ellos, quiso subrayar que esta generosidad natural se aprovecharía en la medida en que la sociedad necesitara de la producción de la tierra. Esperaba (y no sin razón) que una economía en expansión generaría una demanda creciente de los productos de la tierra. Ello ocurriría por dos caminos. En primer lugar, el crecimiento de la población aumentaría la demanda de alimentos. Por otra parte, un sector no agrícola en expansión aumentaría las necesidades de materias primas derivadas de la tierra. Smith, como correspondía a su época, estaba pensando en las materias primas necesarias para el proceso industrial (tales como lana y lino), así como los materiales derivados de la tierra, necesarios para la construcción (como madera y piedra) o para obtener energía (como el carbón). Al combinarse, estas demandas llevarían a la puesta en producción de tierras sin emplear. Pero también subrayó insistente —como Quesnay y sus seguidores— que la expansión inicial del *output* no agrícola dependía inicialmente de la disponibilidad de alimentos y materias primas necesarias para sustentar la expansión industrial.

El crecimiento sustancial en la demanda de productos agrícolas tendría un importante efecto sobre la distribución de la renta entre las diferentes clases sociales. De modo particular, beneficiaría a los propietarios de la tierra. Smith previó que la demanda de los diferentes productos de la tierra se expandiría probablemente de manera más rápida que el ritmo a que pudiera ampliarse la producción —especialmente cuando los diversos usos de la tierra compitieran unos con otros—; no podían crecer cereales y pastos simultáneamente en el mismo lugar, ni podía mantenerse la oferta de madera para la construcción si las extensiones cultivadas invadieran las zonas forestales. Se esperaba consiguientemente que se elevaran los precios de los productos agrícolas. Pero en un sistema de propiedad privada en la tenencia de la tierra la mayor parte de esta ganancia iría a parar a los propietarios de la misma. Las rentas que percibían y que él describió

como «las más altas, naturalmente, que el aparcero puede estar dispuesto a pagar en las actuales circunstancias de la tierra»³⁵, aumentarían, ya que los aparceros podrían excederse al salario natural de su trabajo.

Esta exposición del comportamiento de los diferentes componentes del precio natural en el curso del «progreso de la mejora» podría interpretarse como indicador de que la expansión económica minaría, finalmente, sus propios cimientos. Si una proporción creciente del producto nacional se redistribuía hacia los derrochadores terratenientes, a expensas de los frugales receptores de beneficios, podía secarse la fuente de la futura acumulación y expansión. Smith fue consciente de esta posibilidad, aunque no llevó este argumento a su conclusión lógica. En conjunto, consideraba que la expansión económica reportaría beneficios para todos. Podía ser obstaculizada en un futuro, pero ese día estaba distante. La aparición de un estado estacionario, en el que la expansión se detuviera y la acumulación de capital se restringiera a las meras necesidades de la reposición, quedaba demasiado remota para demandar un análisis serio.

5. *El análisis de la acumulación del capital*

La discusión de Smith del problema del valor y la distribución constituye el centro conceptual de su análisis. Para quedar completo, su modelo necesitaba una descripción de los mecanismos de la transformación económica y de los factores que gobernaban la distribución de la fuerza de trabajo entre empleos productivos y no productivos. Su previsión de que la productividad de trabajo subiría conforme el mercado se ampliara podía ayudarle sólo en una parte del camino hacia una explicación de la expansión económica. El análisis más fundamental del cambio dinámico descansaba sobre la teoría de la acumulación de capital.

El tratamiento por Smith del proceso de acumulación

del capital giraba sobre la distinción entre el producto social bruto y neto («limpio», en su terminología). Esta noción, que había de ocupar un lugar importante en el pensamiento económico, implica conceptos bastantes diferentes de los que ahora se usan comúnmente. Smith describió así la cuestión:

La renta bruta de todos los habitantes de un gran país comprende el producto anual total de su tierra y trabajo; la renta neta es la que les queda libre después de deducir los gastos de mantenimiento, primero de su capital fijo; y en segundo lugar, de su capital circulante...³⁸

Aun cuando su desarrollo de estos conceptos no era por completo claro, parece haber tenido en la «abeza una subdivisión del producto anual en dos componentes. El primero referido a la porción del producto corriente necesario, si la producción había de mantenerse al mismo nivel en el siguiente año. El segundo componente —la renta neta— intentó aislarlo como la proporción del producto de que podría disponerse para aumentar la producción en el futuro.

Una característica es especialmente notable en las definiciones de Smith: A diferencia de las distinciones entre neto y bruto usadas hoy día, las deducciones para el mantenimiento no estaban restringidas al desgaste o cuotas de depreciación. En lugar de ello debía deducirse de la renta bruta todo lo necesario para mantener a la sociedad en su conjunto, es decir, además del desgaste del capital fijo y la reposición de materias primas, habría que cubrir también las necesidades de «mantenimiento» de las diversas clases de la sociedad. El residuo representaba recursos que, al menos potencialmente, podían utilizarse para ampliar la producción en el futuro³⁹.

Entonces, ¿cómo se establecía el volumen de la renta neta? En el análisis de Smith la respuesta en gran medida había que buscarla en la distribución de la renta entre las diversas clases sociales y, más particularmente, en la parte que iba a los capitalistas y terratenientes. Los asalariados, después de todo, no era probable que recibiesen lo suficiente

para permitir «excedente» alguno sobre sus necesidades de «mantenimiento». Los terratenientes y capitalistas, por el contrario, bien podían tener a su disposición fondos más que suficientes para financiar reemplazamientos y para sostener sus convencionales niveles de vida. El «excedente» podían, naturalmente, destinarlo para la ampliación de su consumo. Pero el resultado para la sociedad sería mejor si este «excedente» de fondos se ahorrara. De esta manera, la renta neta se convertiría en formas que más tarde ampliarían la producción, punto que Smith subrayaba cuando afirmó que «los capitales se incrementan por la parquedad y disminuyen por la prodigalidad y el despilfarro»⁴⁰.

Estrictamente hablando, los miembros de ambas clases que reciben la «renta neta» podrían utilizar sus recursos de modo que apoyaran la expansión económica. Según Smith, sin embargo, los terratenientes mostraban una penosa tendencia hacia el lujo y a mantener empleos improductivos. En la práctica, los capitalistas eran los agentes principales, a través de los cuales la renta neta se convertiría en acumulación. La cantidad de los beneficios podía considerarse así como el determinante básico del ritmo de acumulación y, a su vez, de la tasa de expansión económica.

En tanto que el ahorro era el requisito vital para el crecimiento económico, Smith subrayó insistente que el ahorro no implicaba filtraciones de fondos desde la corriente del gasto. «Lo que se ahorra anualmente —escribió— se consume tan regularmente como lo que se gasta anualmente, y casi también al mismo tiempo; pero se consume por grupos diferentes de personas.»⁴¹ El ate- soramiento, en otras palabras, quedaba descartado; el ahorro se equilibraba casi instantáneamente por el gasto en inversión. Aparentemente, Smith consideró este punto como demasiado autoevidente para necesitar elaboración. Fue más tarde desarrollado formalmente por J. B. Say y había de ocupar un lugar prominente en el desarrollo de las ideas económicas.

Con el análisis de la acumulación del capital quedaba

completa la consideración por Smith de las principales condiciones estructurales importantes para comprender la capacidad de una economía para el desarrollo. La acumulación del capital, aun cuando era crucial como regulador del ritmo de la expansión económica, no podía analizarse aisladamente de la distribución de la renta entre los principales órdenes de la sociedad. De modo similar, su teoría del valor quedaba integrada ahora dentro del conjunto del esquema. El principal problema en el análisis del crecimiento podía así verse en términos del modo que los receptores de beneficios y rentas de la tierra ejercitaban su «demanda potencial de trabajo» o realizaban el «trabajo ordenado» que poseían.

6. *Adam Smith y la política económica*

El modelo teórico de Smith y sus actitudes hacia las cuestiones de política económica formaban parte de un todo. Consideraba el crecimiento económico como el fin básico, cuya deseabilidad estaba más allá de toda disputa. Desde esta perspectiva, la idoneidad de cualquier política particular debería medirse por sus efectos sobre el «progreso de la mejora» y, más específicamente, por sus consecuencias sobre la acumulación del capital y la especialización del trabajo.

Juzgadas por estos criterios, las formas mercantilistas de regulación y control estatal —que Smith veía como una expresión de privilegio y favoritismo— eran claramente objetables. Su efecto neto era impedir la ampliación del mercado y desviar la actividad económica de su curso natural. Podía decirse que para él prácticamente toda intervención gubernamental —aparte del desempeño de funciones esenciales, tales como el mantenimiento de la ley y el orden, la administración de justicia y la defensa nacional— era sospechosa. Los gobiernos estaban mal encaminados cuando legislaban para proteger al pobre como cuando favorecían al rico con cartas reales y privilegios monopolísticos. El ataque de Smith al sub-

1. Adam Smith y el análisis clásico

sidio o socorro a los pobres no nacía, sin embargo, de una falta de compasión hacia los menos afortunados. En lugar de ello, afirmaba que la administración de las Leyes de Pobres existentes, por la que se exigía la residencia en una parroquia concreta como condición para, en su caso, recibir el subsidio, restringía la movilidad del trabajo y con ello reducía la tasa de crecimiento económico.

Aunque Smith se esforzó tanto por atacar al «sistema mercantil», sus argumentos no llegaban al nivel de refinamiento analítico, logrado anteriormente por su amigo David Hume. Hacia 1760, Hume había atacado al mercantilismo invocando una teoría que relacionaba el nivel general de precios con la cantidad de dinero. Cuanto mayor fuera la oferta de dinero, decía, más se elevaría el nivel de precios; los precios más altos tenderían, a su vez, a hacer las exportaciones menos competitivas en los mercados extranjeros y las importaciones más competitivas en los mercados interiores. El principio mercantilista de aumentar el *stock* o existencia de dinero sería contraproducente; la acumulación de metales preciosos produciría efectos que erosionarían más adelante la balanza comercial favorable. Hume, naturalmente, necesitaba otro apoyo para este argumento antes de que pudiera utilizarlo; después de todo, un mercantilista convencido podría replicar que era posible prevenir un deterioro en la balanza comercial mediante regulaciones apropiadas. Hume halló el refuerzo necesario, al señalar que las restricciones sobre el comercio serían perjudiciales para el interés nacional. Un país que se impusiera controles directos se castigaría a sí mismo al privarse de los beneficios de una especialización y división internacional del trabajo.

Esta línea de crítica tenía más peso que gran parte del ataque de Smith. La posición de éste, de hecho, podía resumirse a grandes rasgos en la proposición de que intervención administrativa significaba restricciones, y que las restricciones necesariamente frustrarían la división natural del trabajo, la operación de la mano invisible y el progreso de la mejora.

Dentro del marco de su sistema analítico, era coheren-

te que Smith se opusiera a muchas de las prácticas de los gobiernos europeos. Pero no se derivaba directamente de esta parte de su análisis el que un régimen de *laissez-faire* llevara al mejor de los mundos posible. Como él mismo reconoció, los intereses privados no regulados —tanto como los gobiernos— podrían comportarse de modo que suprimieran el progreso de la mejora.

¿Cómo se iba a resolver esta dificultad? La solución de Smith, aunque no siempre explícita en su obra, puede decirse que consistía en la consideración de que el crecimiento económico y el orden de competencia se reforzaban mutuamente. Su argumento contra el mercantilismo se basaba en el supuesto de que la competencia maximizaba el crecimiento. Pero el mantenimiento de una competencia efectiva no podría darse por sentado sino en una atmósfera de expansión económica. El progreso de la mejoría adquiría así un valor tanto instrumental como intrínseco; era el agente catalítico esencial para convertir la potencial discordia en armonía, y el disolvente de las barreras a la competencia efectiva. Sólo entonces podían ser frenadas las tendencias naturales del empresario a confabularse contra el interés público. De forma similar, se necesitaba un clima de demanda creciente de trabajo para neutralizar el poder de los capitalistas de abusar de los trabajadores desorganizados. Si la competencia era deseable como estímulo para el desarrollo, la expansión económica no era menos importante para promover la competencia efectiva.

Los felices resultados que Smith esperaba de una sociedad competitiva en expansión implicaban todavía otro supuesto: que los beneficios del crecimiento se distribuían entre todas las clases sociales. El mismo Smith, como hemos visto, confiaba, generalmente, en que esto ocurriría así. Pero al menos algunos de sus argumentos pudieron interpretarse por sus discípulos como sugerencia de que era posible la aparición de dificultades: las mejoras en los salarios reales de los miembros de la clase trabajadora podían, desde luego, verse contrarrestadas por el siguiente aumento de la población; además, la redi-

tribución de las rentas entre los diferentes partícipes, con ventaja neta para los terratenientes, podía también dar lugar a complicaciones. Estos temas pueden oírse también en *La riqueza de las naciones*, pero con sordina.

7. Las realizaciones de Smith

La riqueza de las naciones fue un notable logro intelectual. Ofrecía no una descripción parcial de los procesos económicos, sino una visión íntegra y completa de los mismos. Además, los impresionantes resultados de Smith a nivel teórico competían con una notable ausencia de defensa de intereses especiales del tipo que había predominado tanto entre los escritos económicos anteriores.

Quizá el testimonio más claro del impacto y la influencia de Smith pueda encontrarse en la literatura teórica que se produjo en los tres cuartos de siglo que siguieron a *La riqueza de las naciones*. Los escritores clásicos posteriores encontraron mucho que criticar en la obra de Smith, pero le pagaron el más alto tributo que un teórico puede recibir: tanto las cuestiones que ellos se plantearon como su modo de proceder en la búsqueda de las respuestas fueron moldeados, en muy gran medida, por su obra. Más aún, los estudiosos del crecimiento económico de mediados del siglo xx han sacado provecho de su exploración en estos grandes temas. A nivel popular, la influencia de Smith también fue considerable. Su descripción del universo económico hizo inteligible la complejidad de éste para los hombres de negocios, y su mensaje central pudo fácilmente ser compartido por los contendientes en los debates públicos de la época.

Poco de lo que contiene *La riqueza de las naciones* puede considerarse como propiamente original de Smith. La mayor parte de los argumentos del libro habían estado, de un modo u otro, en circulación desde hacía algún tiempo. Pero este hecho no disminuye de ninguna manera el logro de Smith. El fue el primero en juntar todos los hilos, ajustarlos en un sistema coherente y comunicar los

resultados a un público amplio. Medida con estos patrones, *La riqueza de las naciones* es verdaderamente un documento formidable.

El talento de Smith como sintetizador fue, sin embargo, el origen de algunas de las imperfecciones analíticas de sus escritos. En una serie de puntos ofreció explicaciones que eran ambiguas o contradictorias. Gran parte de la energía de la siguiente generación de cultivadores de la tradición clásica se dedicó a la tarea de depurar y fortalecer la estructura básica que él había desarrollado. Entre las cuestiones que se plantearon sus sucesores figuran, de manera prominente, las siguientes: ¿Cómo y en qué circunstancias podrá ser obstaculizado el progreso de la mejora? ¿Se derivaban necesariamente de la expansión económica ganancias para todas las clases sociales? ¿Era el progreso económico sostenido, necesariamente, un objetivo social de primera importancia? Malthus, Ricardo y John Stuart Mill se plantearon estos problemas y ofrecieron respuestas algo diferentes de las que Smith había aportado.

Aunque Adam Smith planteó las principales cuestiones de las que subsiguientemente se ocuparon los autores clásicos, dejó algunos cabos sueltos en su argumento. A sus seguidores les correspondió el trabajo de depurar y corregir la estructura teórica clásica y de indagar más profundamente en sus implicaciones.

Thomas Robert Malthus iba a jugar una parte prominente en la siguiente etapa del debate clásico. Entre sus intereses concedió prioridad a la codificación de la terminología técnica, y al final de su vida le consagró un libro, titulado *Definitions in Political Economy* (Definiciones en economía política). El desarrollo de la ciencia, según él, se había retrasado por la ausencia de definiciones normalizadas, con el resultado de que los autores de temas económicos, a menudo, confundían al público.

La pulcritud analítica, sin embargo, no fue por ningún concepto su interés dominante. También intentó colocar la disciplina sobre cimientos empíricos sólidos, reconociendo tanto la calamitosa deficiencia de los datos estadísticos entonces disponibles como la débil base empírica